



Cecilia Valdés, pilar del repertorio lírico cubano.

EN EL CINCUENTENARIO DEL TEATRO LÍRICO NACIONAL

La hora de la renovación

PEDRO DE LA HOZ

EL TEATRO LÍRICO Nacional (TLN) cumple 50 años. El solo hecho de existir merece el aplauso a la resistencia, la constancia y la pertinencia de un proyecto que se forjó al calor de las transformaciones revolucionarias en el ámbito de la cultura en los años inmediatamente posteriores al triunfo de Enero, reflejado en la creación de un sistema institucional cuyas bases fundamentales siguen en pie y en pleno desarrollo.

Su surgimiento no fue obra de la casualidad ni del puro voluntarismo de los que se involucraron en la empresa. Había tradición, talento y público. Por solo citar un dato, pocos meses antes de la fundación del organismo, el Consejo Provincial de Cultura de La Habana había auspiciado un suceso atronador con la puesta en escena de la versión definitiva de **Cecilia Valdés** en el teatro Payret, con el propio Gonzalo Roig al frente de la orquesta. Se hallaban en plena madurez las voces de Alba Marina, Ana Julia, Sara Escarpenter, Rosita Fornés, Miguel de Grandy, Humberto Diez y junto a Roig brillaban las batutas de Félix Guerrero, Rodrigo Prats, Manolo Dúchense Cuzán y Roberto Sánchez Ferrer.

Medio siglo ofrece mucha tela por donde cortar. ¿Balance entre luces y sombras? Habrá que hacerlo con objetividad, altura y sin prejuicios, tanto desde la propia entidad como por parte del Consejo Nacional de las Artes Escénicas, el Instituto Cubano de la Música y las instituciones de la enseñanza artística, piedras angulares vinculadas al quehacer y los resultados del TLN y del resto de las compañías que, afortunadamente, también merecen ser ovacionadas por su sola presencia. Dicho sea esto último porque más que competencia, debe tomarse como un logro que Pinar del Río cuente con una agrupación tan esforzada, y con 50 años también de continuidad, que Holguín no haya dejado caer la bandera del arte lírico musical en su territorio; y que en la propia capital haya otra alternativa.

Esta nota persigue, sin embargo, otro propósito: llamar la atención sobre las circunstancias y las coordenadas que gravitan sobre el actual desempeño del TLN y sus perspectivas inmediatas.

La cultura audiovisual de nuestra época ha

revolucionado en el mundo la concepción de los espectáculos teatrales. El público cubano no ha estado ajeno a ese influjo. Hoy día la puesta en escena de una ópera, una opereta o una zarzuela, sin violar ciertos códigos respetables, debe obedecer a esa dinámica si se quiere atraer a los espectadores. Nuestro público también está mucho más informado que 50 años atrás. Basta con asomarse a las realizaciones que con ímpetu quijotesco ha mantenido el maestro Ángel Vázquez Millares en su programa de televisión **Un palco en la ópera**, o a las frecuentes presentaciones del género en **De la gran escena** para tener una idea de lo que se demanda en términos de visualidad.

Las exigencias de producción pueden espantar a cualquiera. Pero debe tomarse en consideración el impacto de las tecnologías escénicas que en muchos lugares del mundo se utilizan para abaratar los costos.

Con cuatro, cinco o seis títulos en el repertorio operático y dos o tres autores italianos y, si acaso uno o dos franceses, no se amplían las posibilidades de disfrute y apreciación del género. Se hace necesaria una política de repertorio que paulatina pero sostenidamente ensanche el diapason estético. Quizás esto sea más complicado en el caso de las zarzuelas, pero muy bien podría articularse una revisión crítica de la tradición. No es posible olvidar que el primer acto del TLN, el 11 de septiembre de 1962, fue la lectura de la zarzuela española **Luisa Fernanda**, que al ser representada llegaría a nada menos que 160 funciones.

Un nuevo director tiene ahora el TLN, Eduardo Díaz, quien ha demostrado no solo capacidad e inteligencia en el podio sino también en la organización de la compañía. Alegra conocer sus ímpetus y deseos para aglutinar a directores escénicos, musicales, cantantes y promotores.

Tarea ardua pues debe luchar contra la mediocridad, los compartimentos estancos, las parcelas y el conservadurismo. Él puede marcar la pauta en la renovación, pero no es asunto de una sola persona. Tendrá que recibir múltiples y sólidos apoyos. Y, sobre todo, la comprensión institucional y social de que el TLN es un organismo que debe estar a la vanguardia del arte lírico musical cubano en los años por venir.



Un hombre más para cantar

ROGELIO RIVERÓN

HACE MÁS de veinte años, engarcé en un sinuoso relato un fragmento de un poema sin título de Rolando Escardó. “Mudo. No me encuentro a nadie que me salude ni me diga nada. Soy un extraño en mi ciudad”, dicen los versos de lo que me parece una de las piezas más logradas del estilo coloquial que defendió la señalada Generación de los Años Cincuenta. No recuerdo cuántas veces más releí ese texto, pero ahora atisbo en **Isla y otros poemas** (Letras Cubanas, 2010) una parecida sensación de totalidad y de movimiento.

Ciertas manías de lector nos hacen ver en la poesía de Rolando Escardó (1925-1960) el resumen de una existencia afanosa, tronchada en su cénit. Puede que tengamos razón, pues ese concepto, el autor, es algo demasiado fuerte como para ser desvinculado con facilidad del texto, aun cuando este sea de ficción. Isla y otros poemas, un compendio de Juan Nicolás Padrón, reúne buena parte de una obra cuya coherencia parece atizada por el presentimiento. Dividido en cinco secciones, son casi doscientas páginas que aglutinan un pensamiento hermoso, algo que digo, por fin, con alivio. Escardó, quien fue autodidacto, modeló su coloquialismo con más de una peculiaridad. Se sabe que leyó a César Vallejo y a Vladimir Maiakovski, y también que tenía interés por la espeleología y por algunas asignaturas del Medioevo.

No lo traigo a colación a modo de parábola, sino para reiterar mi respeto por esas determinadas dislocaciones que me apresuro a ver en su conversacionalismo. Su discurso es más bien humilde. Dice su experiencia desde una tática fragilidad como individuo, para inmediatamente superarla en el lenguaje. Su paradoja es la grandeza de la finitud humana, si no es demasiada mi impertinencia. Como al tanto de que no dispone de mucho tiempo, sus poemas son a veces la anotación de un desarrollo, de sentimientos en camino. Es sensible y descreído. Un simple conteo deja ver su preferencia por dos ideas: la muerte y la luz.

Sus dos libros de versos, **Libro de Rolando y Las ráfagas**, son póstumos, ambos de 1961. Su muerte produjo un torrente de artículos, testimonios, crónicas, de colegas tan diversos como Fina García Marruz, Antón Arrufat, Ambrosio Fomet, Calvert Casey o Virgilio Piñera. Era teniente del Ejército Rebelde. **Isla y otros poemas**, una antología que quizás Letras Cubanas retuvo demasiado, es un recordatorio de buena poesía.



El poeta Rolando Escardó.

estrenos ICAIC



Inspirada en la novela de Guy de Maupassant, **Bel Ami**, historia de un seductor, de Nick Ormerod y Declan Donnellan, se estrena desde ayer jueves, en Yara, Acapulco, Multicine Infanta (Sala 1) y principales salas de provincia. La coproducción del Reino Unido, Francia e Italia, que cuenta con las interpretaciones de Robert Pattinson, Christina Ricci, Uma Thurman y Kristin Scott Thomas, narra cómo un atractivo joven consigue ascender socialmente, en el París del siglo XIX, relacionándose con las mujeres más influyentes de la ciudad. El documental cubano, **De tal Eduardo tal Arrocha**, de Regino Oliver, dedicado al diseñador Eduardo Arrocha, acompaña las exhibiciones.

Mientras, el fantástico **Ira de titanes**, de Jonathan Liebesman, se presenta en Payret, 23 y 12, Lido, Alameda, Continental, Regla, Carral, Sierra Maestra y Patria. Protagonizado por Sam Worthington, Liam Neeson y Ralph Fiennes, se enmarca diez años después de los acontecimientos de **Furia de titanes**; esta vez, Perseo deberá abandonar su vida apacible para enfrentar a Cronos y a los titanes que amenazan con destruir a Zeus.

Un musical, coproducido por el Reino Unido y Alemania, **A bailar 2**, de Max Giwai y Dania Pasquini, es la propuesta del Riviera. Con Tom Conti, George Sampson y Falk Hentschel en los roles principales, se centra en un joven que reúne a los mejores bailarines, para vencer a quien lo derrotó, en una difícil competencia. Por su parte, La Rampa exhibe el drama israelí **Los secretos**, de Avi Neshet. Interpretado por Fanny Ardant y Ania Bukstein, expone la situación de una joven, que en su afán de desarrollar su individualidad, entabla amistad con una muchacha de espíritu libre.



Una cinta de acción, **Contrabando**, de Baltasar Kormákur, con Mark Wahlberg y Kate Beckinsale, se exhibe en el Multicine Infanta (Sala 2).

La programación infantil estrena en las principales salas de provincia **Hop**, con el animado cubano **Mé-dico mío**, de Isis Chaviano.